

¿Hay una crisis en la poesía?

Escribe: JORGE ZALAMEA

Cuando se formula el interrogante de si hay actualmente una crisis en la poesía, los analistas y cronistas de la vida literaria debemos andar con cuidado después de parcelar muy claramente cada uno de los aspectos del problema propuesto. Así, por ejemplo, al hablar de esa supuesta crisis, hay que saber si se entiende como fenómeno universal, o como fenómeno latinoamericano o, más estrechamente, como fenómeno nacional. Habría que preguntarse luego si la tal crisis es cuantitativa o cualitativa. Si depende del público o depende de los poetas mismos. Y cuál es la actualidad a que nos referimos: ¿se trata de una crisis de época histórica? O se trata de una crisis de actualidad, empleando este término en el sentido que le dan los periodistas. Y aún habría que delimitar otros terrenos para llegar, o tratar de llegar, a conclusiones valederas. En mi caso, a conclusiones que al menos justifiquen estas notas, suministrando a los lectores los elementos necesarios para adquirir nociones claras, precisas y, si es posible, acertadas.

Con esa mira, al tratar de responder a algunas de las preguntas anteriores voy a partir del supuesto de que el problema se plantea en el plano universal y de que la *actualidad* no se limita a nuestra circunstancia temporal inmediata, sino a nuestra contemporaneidad; es decir, al último medio siglo. Creo que sobre esas dos bases se le da al tema la dimensión y la categoría que le corresponden y se pueden establecer, a partir de ellas, las coordenadas que nos conduzcan a un entendimiento más claro y a un juicio más preciso del problema propuesto.

En el plano universal y desde el punto de vista *cuantitativo*, en vez de hallarse la poesía en crisis, puede asegurarse que se halla en un período de explosión semejante al de la explosión demográfica. Es posible, en efecto, que nunca, como ahora, se derramasen mayores raudales de tinta sobre el papel en que se imprimen las huellas dactilares de la poesía... o de sus fantasmas. Sin intentar, por el momento, ningún análisis de esa explosión fenomenal voy a presentarla a los lectores mediante una serie de aquellos "detalles exactos" que tan vorazmente exigía y buscaba Stendhal.

René Lacote calculaba que en 1965 había en Francia cerca de 100.000 personas que escribían poesía —o lo que ellas entendían por tal, supongo yo—. En todo caso, lo cierto es que en Francia se publican 172 revistas

dedicadas a la poesía o que a esta conceden un lugar preferente en sus páginas. En 1965 a un concurso local de poesía celebrado en Saint-Maur, departamento del Sena, y limitado a poetas jóvenes, se presentaron 5.500 concursantes.

En la República Popular China, durante el trienio del Gran Salto Adelante (1958-1961) se produjo una especie de gigantesca movilización de poetas populares: campesinos, artesanos, obreros, soldados, estudiantes. No es fácil dar cifras sobre el total de reclutas de la poesía revolucionaria de aquel momento; pero, conforme a las informaciones de origen oficial, bien pudo ser que participasen en esa movilización lírica medio millón de "espontáneos" de la poesía. (No se olvide que la República Popular China contaba ya en aquel tiempo con más de seiscientos millones de habitantes).

Los concursos de poesía que se celebran anualmente en el Japón, atraen a *decenas de millares* de concursantes y se anticipa ya que para el certamen lírico de 1967 será mayor que nunca el número de aspirantes al premio.

En la Unión Soviética pasan de cinco mil los poetas registrados en la sede central de Moscú de la Unión de Escritores Soviéticos, pero esta cifra podría multiplicarse varias veces, de acuerdo con el número de uniones de escritores de las numerosas repúblicas socialistas que integran el conjunto estatal de la URSS.

También la guerra patriótica del Viet Nam ha producido en los últimos diez años una fabulosa eclosión de poetas cultos y populares, cuyas obras se cifran en millares, siendo particularmente copiosa la producción de los autores que podríamos llamar no profesionales, si es que de la poesía puede hablarse como de una profesión.

En la India es posible hacer congresos de poesía en los cuales varios centenares de poetas declaman o, más exactamente, cantan sus versos en veinte lenguas diferentes.

No tengo datos tan precisos respecto a la producción poética en la América latina. ¡Pues también en las estadísticas culturales estamos mal desarrollados! Pero por antecedentes conocidos y fama bien o mal ganada, no es arbitrario suponer que un equipo de recopiladores suficientemente pacientes para realizar tal hazaña, tendría que pasar lista a varias decenas de millares de gentes que tratan de ajustarse entre nosotros la armadura de los caballeros de la poesía. Apenas como un síntoma, doy este dato: no obstante las inhibiciones de carácter político, las dificultades de comunicación y transporte creadas por el bloqueo, la escasa propaganda, etc., al concurso de poesía de la Casa de las Américas de La Habana, se presentaron en 1965, 173 libros de poesía, multiplicando por tres el número de las novelas enviadas al concurso respectivo, por cinco el de los libros de cuentos y por diez el de las obras de teatro y los ensayos.

Estos "detalles exactos", nos dicen evidentemente que en la poesía no hay una crisis actual desde el punto de vista cuantitativo.

Antes de indagar si la supuesta crisis depende de factores de calidad, tratemos de ver si ella proviene del público. Y volvamos a los detalles exactos:

Las obras de uno de los más grandes poetas de nuestro tiempo, el francés Jacques Prévert, se editaban hace pocos años en ediciones de dos mil o tres mil ejemplares. Pero en cuanto los editores franceses, encabezados en esta admirable empresa por Pierre Seghers, decidieron incorporar la poesía a los llamados "libros de bolsillo" —es decir, cuando los ofrecieron ya no como artículo de lujo sino como artículo de necesidad—, las obras de Prévert alcanzaron tirajes de 60.000 a 100.000 ejemplares.

En los quince años escasos de su producción poética, las obras de Andrei Voznesenki han sido editadas en la Unión Soviética en un total de ocho millones de ejemplares. Y en menos tiempo aún, Evguenei Evtushenko ha rebasado los tres millones.

En un país antipoético como son los Estados Unidos, sería del mayor interés saber cuántos ejemplares se han vendido en los últimos años de los libros y discos de Allan Ginsberg, de Lawrence Ferlinghetti, de Ezra Pound y cuántos ejemplares se vendieron, en su tiempo, de los poemas de Walt Whitman. Infortunadamente, carezco de detalles precisos al respecto, pero no es difícil imaginarlos.

¿Y en la América Latina? Tampoco en este terreno puedo dar precisiones, pero sí adelantar algunas conjeturas lógicas, como esta: durante la vida de Rubén Darío es posible que ninguno de sus libros fuese editado en más de 3.000 ejemplares. Y hoy, ¿qué sucede? Cada uno de los libros de poesía de Pablo Neruda tiene una venta que va de los 20.000 a los 60.000 ejemplares.

Estos hechos revelan una demanda en masa de poesía. Más adelante, trataré de buscar las causas de tal fenómeno. Pues me parece necesario establecer previamente, también sobre la base de detalles exactos, la aparición de otro fenómeno de singular importancia.

Resulta, en efecto, que esa demanda de poesía no está limitada a cerrados circuitos nacionales o lingüísticos. No se trata de que un pueblo determinado conceda ahora mayor atención a sus poetas. Sino de que todos los pueblos del mundo, en la necesaria relatividad que el analista acepta y comprende, piden, reciben y se fecundan con las obras de poetas de otras razas, de lenguas extranjeras, de opiniones muchas veces extrañas para sus receptores.

Dentro del seco, antipoético, sistema de los detalles exactos que he escogido para buscar los elementos indispensables de un buen juicio sobre el problema de una eventual crisis universal de la poesía, voy a presentar a mis lectores algunos casos.

El primero es el de Saint-John Perse. Los polluelos de la poesía colombiana parecen considerar que este poeta —uno de los mayores de todos los tiempos y lugares—, es apenas un gran retórico, literariamente retardado en los desvanes de la épica. Como en el verso de Machado, nuestros polluelos de cernícalos "desprecian cuanto ignoran". Saint-John Perse es un poeta aparentemente difícil. Y, no obstante, según la bibliografía establecida en 1962 por Jacques Charpier, las obras poéticas de Perse habían sido traducidas hasta entonces a los siguientes idiomas:

Alemán, árabe, bengalí, danés, español, griego, hindú, holandés, inglés, italiano, japonés, oriya, rumano, ruso, serbio y sueco.

Les dejo a los ebeles, imbeles, bedeles y peleles de nuestra joven-poesía-decrépita la interpretación de este hecho. Y paso a otros más inmediatos para nosotros.

La poesía de Pablo Neruda ha sido traducida a un número todavía mayor de lenguas que la de Saint-John Perse. Pues a la lista que ya hice habría que agregar estas otras lenguas:

Albanés, búlgaro, chino, húngaro, polonés, ucraniano, vietnamita, ¡y quién sabe cuántas otras que se me escapan!

Pero acerquémonos todavía más a nuestra propia condición. Hace apenas treinta años, en Colombia los supuestos rectores de la cultura nacional abominaban de León de Greiff, considerándolo como un mónstruo de la extravagancia poética. Pero resulta que hoy, la poesía de nuestro mayor poeta está traducida a estos idiomas:

Alemán, francés, inglés, italiano, ruso y sueco.

Me parece que estas precisiones yertamente estadísticas, comprueban mi proposición de que la demanda de poesía no se halla limitada a circuitos nacionales o lingüísticos cerrados.

Y vuelvo ahora al orden de estas notas fatalmente discursivas y estadísticas:

Creo que con los datos aquí aducidos, podemos establecer ya algunas conclusiones lógicas, evidentes, demostradas con hechos y no con teorías, a saber: *cuantitativamente*, no hay en nuestro mundo actual una crisis poética sino, por el contrario, una explosión poética; el público, las masas, responden a ese fenómeno. O, acaso, sería más exacto decir: la oferta de los poetas responde a la demanda creciente de las masas de una "consolación poética". Y en tercer término: esa demanda no se halla limitada por circuitos cerrados de lengua, sino que revela caracteres universales.

Llegados a este punto de nuestra antipoética construcción de bases reales para analizar, defender o combatir la supuesta crisis de la poesía de nuestro tiempo, nos topamos con un fenómeno que abarca y explica todo el panorama que estamos recorriendo:

Ante la demanda popular de poesía, los poetas, consciente o inconscientemente, se han percatado de que su obra no puede estar ya limitada por las pastas del libro sino que tiene que retornar a sus más primitivos orígenes: la poesía comunicada al aire libre, de boca a boca, en comunión del poeta con sus oyentes.

Por razones obvias, acaso los primeros en percatarse de esta *necesidad* hipostásica de la poesía, fueron los grandes poetas de la transición ruso-soviética: Esenin, Blok, Mayakovski y Pasternak. Fueron ellos quienes, efectivamente, realizaron desde las vísperas sangrientas de la primera guerra mundial y durante los arduos años de la revolución socialista ese

milagro de la hipóstasis poética mediante el cual sus lenguas de fuego descienden sobre las cabezas y se aposentan en los corazones de las multitudes.

Con algunos años de retraso, en todo el mundo se ha efectuado este regreso de la poesía a sus medios originales de comunicación y difusión: la palabra directa, viva. En Francia, P. J. Rosnay, productor de la televisión, asegura que los programas poéticos son los que obtienen las mayores audiencias. Los *beatniks* de Norte América han alcanzado sus mayores éxitos con la declamación directa de sus poemas. No obstante estar oyendo declamaciones en una lengua extranjera, millares de estadinenses recibieron con aclamaciones las poesías de Evtushenko y de Voznesenki. Los discos de Louis Aragón, de Pablo Neruda, de Saint-John Perse, de Nicolás Guillén, de Génét y de Prévert superan en alcance a las ediciones de sus libros. En la modesta esfera colombiana, se produce también el hecho de que un texto poético que, impreso en libro, solo obtiene una venta de 2.500 ejemplares, cuando aparece grabado en discos sea adquirido por más de 25.000 personas, no obstante ser el disco un 33% más caro que el libro.

Como puede verse, el poeta no es ya solo la palabra impresa negro sobre blanco, sino la voz que asaetea el corazón de los oyentes.

Este hecho de carácter universal, nos corrobora en que la supuesta crisis de la poesía no depende del público.

Tenemos, pues, que enfrentarnos al negro toro, al peligroso, bien astado, bien pesado y avisado toro de la calidad poética. ¿Se debe la denunciada crisis de la poesía a una baja de la calidad en la obra de los poetas contemporáneos?

Deseo insistir de nuevo, en que no es posible juzgar la actualidad artística con un mero criterio periodístico. La poesía viva de nuestro tiempo, la gran poesía de nuestro tiempo, la que ha cambiado tantas cosas en una materia que periódicamente se juzga inmodificable y llegada a su punto extremo de perfección, —tiene una madurez de medio siglo. No podemos desasirnos de ella para juzgar la calidad de la poesía más inmediata a nosotros. Pues solamente el bloque constituido por esa poesía del medio siglo, puede servirnos de piedra de toque para saber si existe o no una crisis en la poesía de hoy.

Un balance bastante aproximado de la producción poética realizada entre 1909 —primera fecha memorable en la historia de la poesía del siglo XX— y 1966, nos dice que en Africa, América, Asia y Europa aparecieron en ese lapso no menos de ciento cincuenta poetas de excepcionales cualidades y, entre ellos, por lo menos una decena de poetas geniales, comparables a los de mejores épocas históricas. Considerado, pues, el problema en una perspectiva histórica conveniente, no podría decirse —como no fuese por flagrante ignorancia—, que en nuestra época existe una crisis de la poesía desde el punto de vista cualitativo.

En Francia se hallan hoy en plenitud de producción poética, Aragón, Prévert, Saint-John Perse, para solo citar a los tres mayores. En los

Estados Unidos, Ezra Pound y Archibald Macleish continúan creando poesía, mientras el Hermano Antonino, Corso, Ferlinghetti, Ginsberg y muchos otros se presentan como guerreros de la infatigable poesía. En la Unión Soviética, Voznesenki y Evtushenko, para solo citar a los más universalmente conocidos, continúan renovando la tradición de los cuatro grandes que citamos antes. En Grecia, Seferis y Elytis llevan con excelsa dignidad la antorcha que les traspasaran Sikelianos, Cavafis y Karantzakis. En la América Latina, León de Greiff, Pablo Neruda, Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Nicolás Guillén, José Gorostiza, José Lezama Lima, Manuel Scorza, Jaimes Sabines, Ida Gramsco responden con sus obras a la demanda más exigente. En España, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre, León Felipe, Serrano Poncela responden a lista. Y aún habría que agregar los nombres de muchos otros grandes poetas dispersos por el ancho mundo que espera y recibe de ellos la hostia de la comunión humana.

Otra cosa es que, dentro de la explosión poética a que me referí en un comienzo, haya toneladas de escoria por cada onza de uranio. Otra cosa es que la vana cizaña trate de invadir los campos del trigo. Pero ya los hombres y los pueblos han aprendido a diferenciar la poesía auténtica de sus *erzats*.